

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 86.—BARCELONA 5 DE ENERO DE 1916



El rey Fernando de Bulgaria en traje de campaña, acompañado de oficiales de su ejército

AL FRENTE AUSTRO-HÚNGARO EN GALIZIA

(De nuestro Corresponsal)

Ojeada histórico-geográfico-militar sobre Galizia y los Cárpatos

IV

La manzana de la discordia desde los más tempranos días de la Historia, ya bajo el cetro de los reyes de Polonia o de los príncipes rutenos, ya bajo el de los de Kijew ó, en parte de los reyes de Bohemia, es Galizia, desde la primera partición del reino de Polonia, territorio de la corona de Austria. Ciertamente de los que más que hacer han dado a los Habsburgos; pero también, actualmente, bajo un régimen constitucional, uno de los pueblos más industriales del Imperio. Con 102 habitantes por kilómetro cuadrado, número que asciende hasta 150 en la parte occidental, figura entre las regiones más pobladas de Europa. Más de la mitad de sus habitantes son polacos, un 40 por 100 rutenos, los demás, judíos y alemanes.

Agricultura y minería son los principales elementos de vida del país, por más que en los últimos decenios la industria ha recibido un impulso notable, para bastar al mantenimiento de la densa población.

En su aspecto geográfico forma un conjunto con la Bukovina. De ahí que al hacer una descripción que sirva de ayuda a la comprensión de los

acontecimientos de que ha sido teatro esta región durante la guerra actual, comprendemos ambos territorios en uno sólo.

Las líneas montañosas de importancia son los Cárpatos, en primer lugar, y las alturas de la Podolia, que se introducen, viniendo de Rusia, entre las corrientes del Stry y el Bug, al N., y los afluentes del Dniester, al S. Los Cárpatos se extienden a lo largo de la frontera húngara hasta el poniente de la Bukovina, separando con sus altas cúspides Galizia y la Bukovina del resto del Imperio. Al N. de ellos se extiende la llanura.

La Galizia occidental, ocupada por las faldas de los Besquides, presenta valles fácilmente cruzados de buenos caminos, la población es muy densa y su riqueza agrícola muy propia para ayudar al mantenimiento de un ejército. Al Oriente de esta región, entre ella, las faldas de los Cárpatos y las elevaciones de la Podolia, por una parte, y los montes de Polonia y Volynia, por la otra, se extienden grandes hundimientos arenosos, cruzados de colinillas de poca elevación, de fertilidad escasa y sin caminos. A todo esto se debe que estén poco cultivados y habi-

tados y sean poco propicios para emprender en ellos operaciones militares. La primera de estas regiones está comprendida entre el Vístula, el San y la línea Cracovia-Jaroslau, extendiéndose un tanto al E. del San. La segunda, hacia el Oriente, corre a lo largo de la frontera rusa y llega hasta Belzec. Esta zona, de unos 20 kilómetros de anchura, en su totalidad cubierta de pantanos y selvas, hace imposible toda empresa militar en dirección del N. contra Rusia. En fin, la última comprende los valles del Bug y el Stry en su parte superior y se limita por la línea Rawaruska, Lemberg, Brody, Sokal.

La región oriental, ocupada, como ya dijimos, por las elevaciones de la Podolia en su extremidad occidental, presenta cerrados valles de escarpadas paredes, donde el transporte de artillería es imposible casi, y para caballería y aun infantería difícilmente cruzables. Sus altas planicies, sin embargo, están cubiertas de una gruesa capa de humus de gran fertilidad. Fuera, pues, de los valles encajonados, es el conjunto una región de buenos caminos, rica en recursos militares.

El valle del Dniester empieza desde Sambor hasta la desembocadura del Stryj con una faja de tierra suave, difícilmente caminable, de unos diez kilómetros de anchura. Enseguida se van elevando sus paredes, perpendicularmente, estrechándose hasta unos 150 a 200 metros hasta la frontera rusa. La naturaleza de este valle constituye así un impedimento importante al acceso de ejércitos.

Las aguas de Galicia se dividen en las grandes vertientes del Vístula y del Dniester. El primero (200 a 500 m. ancho), es navegable, así como su afluente principal, el San, abajo de Przemyśl.

Los caminos de Galicia son buenos en general, con excepción de los que cruzan las regiones pantanosas y las montañosas. Muy pocas comunicaciones existen con Rusia. La red férrea cuenta con la línea principal Cracovia-Tarnow-Przemyśl-Lemberg-Kolomea-Czernovitz, y su paralela a lo largo de los Cárpatos Bielitz-Neu Sandec-Sambor-Stanislau. Diez líneas unen, en fin, Galicia con el interior del Imperio.

En lo militar tiene Galicia gran importancia para la monarquía austro-húngara por formar la frontera con el Imperio de los Zares. Tropas de seguridad poderosas son indispensables en Galicia, pues desde allí tiene que empezar toda acción contra Rusia, dado que una iniciativa de operaciones detrás de los Cárpatos dejaría la región al N. completamente a descubierto. Arrojar al enemigo de los Cárpatos es en extremo difícil, como nos lo ha mostrado la campaña actual.

Las regiones de Galicia que más se prestan a una concentración de ejércitos principio de operaciones para invadir Rusia, son dos. Desde luego la limitada por la línea Cracovia-Jaroslau y las faldas de los montes; la otra comprende el territorio a ambos lados del valle del Dniester. De estas ventajas del terreno se sirvieron al empezar la guerra de 1914 los ejércitos de Francisco José. En la primera región se concentraron las tropas al mando del general Dankl. Sobre ambas orillas del Dniester (la izquierda preponderantemente) rompió su marcha el ejército de Galicia oriental.

Las líneas principales que se pueden considerar

como direcciones tanto de una ofensiva rusa en Galicia como de una hacia Rusia, son las siguientes: 1. Cracovia-Kilce-Radom-Varsovia; 2. Lemberg entre los pantanos del Tanew y el Bug-Lublin-Iwanogorod o Brest Litowsk; 3. Brody-Kowno, luego, bien al de la región pantanosa del Pripet, bien al Sur de ella rumbo de Kiyew; 4. desde Galicia oriental sobre Berditschew y Kiyew o hacia el S. E., sobre Odesa.

La cuarta de estas direcciones (hacia Kiyew) siguió el ejército de Galicia oriental en agosto de 1914, así como, en sentido opuesto, el ejército Brussilof. La segunda y la primera pareció un momento que seguirían los ejércitos Auffenberg y Dankl, y quizás lo habían pensado así, pero hubieron de modificar su plan, dirigiéndose directamente hacia el centro de Rusia, en un verdadero acto de abnegación en bien del aliado, para distraer parte de los colosales ejércitos que el generalísimo Nicolás Nicolaievitch dirigía contra Prusia oriental. El movimiento en ese sentido no era propicio, y si dió el resultado perseguido, fué tan sólo con inmensas pérdidas y la necesidad, poco después, de sufrir una derrota, que arrojó los ejércitos austro-húngaros sobre los Cárpatos.

En los Cárpatos se desarrolló una defensa admirable, ayudada por las circunstancias de constitución de esos montes en alto grado, constituyendo uno de los aspectos importantes de esta larga guerra de que somos testigos. No sin intención he dejado por esto, un lugar aparte para la descripción de los Cárpatos, aunque sea en pocas palabras.

Son los Cárpatos la natural continuación de los Alpes, de los cuales los separa el Danubio. Se extienden en forma de arco de círculo desde Austria hasta Rumanía, y vuelven a alcanzar el Danubio con su otra extremidad. Encerrada en el arco queda Hungría, formando así sus fronteras naturales por tres lados. Los Cárpatos propiamente dichos, que forman la línea externa del sistema, comprenden las regiones más altas y se continúan en el país montañoso de Siebenbürgen. Aquellos suelen dividirse en Cárpatos orientales y occidentales. Empiezan los últimos en el Danubio, se extienden por Silesia y Galicia hasta los rompimientos del Poprad. Continúan en los Cárpatos orientales, aumentando en altura, como en espesura de las selvas pobladas que los cubren (la cúspide de Hoverlo alcanza los 2,058 m. y su altura media de 1,300 m.). De ahí que sean llamados también «los Cárpatos selváticos». Es en ellos donde se han desarrollado los combates entre austro-húngaros y rusos en los últimos meses.

Valles longitudinales, como abundan en los Alpes, facilitando grandemente su travesía, no existen en los Cárpatos orientales. Muy frecuentes son, en cambio, los transversales, estrechos y escarpados difíciles de trasponer. Una peculiaridad de los Cárpatos son los múltiples lagos que cubren las elevaciones, helados desde el otoño. La temperatura en las alturas desde los 400 m. varía entre $+34^{\circ}$ hasta -34° . En general son en extremo inhospitalarios; muy frecuentemente sucedió en la actual campaña que a los soldados se les helasen los pies en invierno y en la primavera. Los movimientos de tropas son en ellos sumamente difíciles y llenos de peligros. La defensa tenaz y efectiva que las tropas austro-húngaras sos-

tuvieron en los meses pasados, son una prueba palpable de la buena disciplina y capacidad del soldado austriaco, principalmente en la guerra de montaña.

J. C. GUERRERO.

Estío de 1915.

LA CUESTIÓN DEL MEDITERRÁNEO

Puede quedar tablas la partida, pero lo más probable es que la guerra se resuelva con la victoria de uno de los dos grupos de beligerantes. ¿Cómo influirá en el actual equilibrio del Mediterráneo? La respuesta interesa a todos los países bañados por el mar interior.

Primera hipótesis: triunfan los aliados; Austria y Turquía son aplastadas. Francia apenas notará cambio en la situación que ocupa; Italia, con mayor litoral que ahora, aumentará su potencia naval; un nuevo factor se asomará a ese mar: Rusia, pero aunque siga recluso en el Negro, el desenvolvimiento marítimo de Italia, su hegemonía en el Adriático y su aparición en el Egeo, serán otros tantos motivos de debilidad para Inglaterra, que sólo podrá hacer frente al peligro si refuerza su posición en los dos extremos del Mediterráneo: en el oriental, con la ocupación de numerosas islas, hoy griegas, y tal vez de una parte de la costa de Siria, y en el occidental reforzando su derecho de veto, de prohibición del paso. Que lo primero no es un mito, lo indica lo que ha hecho ya la Gran Bretaña, con sus desembarcos en varias islas; en cuanto a lo segundo, ¿le bastará ocupar una de las puertas o necesitará la otra hoja, en la costa N. O. de África, en pleno Atlántico? No importa de momento. A la larga, sobrevenirá la incompatibilidad entre Italia y Francia, o entre ambas y Rusia si se abren los Dardanelos, pero ninguna de las tres naciones será capaz de alcanzar la supremacía mientras Inglaterra domine en el estrecho de Gibraltar y en el canal de Suez, porque le bastará apoyar a uno de los países citados para que los otros se humillen; es decir, que la Gran Bretaña no dejará de ser la dueña del Mediterráneo. Por lo menos, estos son sus planes y esto es lo que se imagina. Pero si Inglaterra, con sus formidables cañones de costa y con sus dreadnoughts tiene el libre ejercicio del veto, también éste puede ejercerse, con Inglaterra o contra Inglaterra, valiéndose de los submarinos, que cuenten con bases y puertos de refugio a inmediación del estrecho. Y entonces, por el mero hecho de la situación geográfica, aparecerá un nuevo factor, casi decisivo, por insignificante que sea su poderío naval. ¿Podrá Inglaterra descartar este peligro? ¿A qué medios recurrirá para evitarlo? Esta es la pavorosa cuestión del Mediterráneo occidental, más grave todavía que la del oriental.

Segunda hipótesis: vencen los imperiales y son batidos los aliados. La supremacía en el Adriático pasará al Imperio austro-húngaro; Francia continuará como hasta aquí; a la larga, habrá de contarse con Bulgaria y Turquía; se cerrarán más firmemente los candados que aprisionan a la flota rusa en el mar Negro... Pero Inglaterra tendrá más necesidad aún que en el primer caso de conservar libres sus comunicaciones con Asia; podrá transigir en otros puntos, se resignará inclusive a perder territorios en

África; jamás a quedar incomunicada con la India. A este efecto, se pondrá en estado de poseer mucho para quedar en buena situación al desprenderse de algo, y el problema del Mediterráneo se presentará sin pérdida de tiempo, poco antes de dispararse los últimos cañonazos en los campos de batalla.

Toda Europa, todo el mundo, está interesada en este magno problema, y es claro que más que nadie los países a quienes la Naturaleza les concedió las llaves de aquel mar, cuna de la civilización y de la verdadera libertad.

Al llevar el primer soldado a Gallípoli, Inglaterra rompió el equilibrio del Mediterráneo, que se sostenía por el estado de manifiesta inferioridad de los dos pueblos que se hallan en sus extremos; creyendo asegurada una de las entradas, trató de recabar para siempre el dominio de la otra. Salieron fallidos sus planes; y al atravesar los austro-germanos el Danubio, el golpe se enderezó a la puerta oriental, poniendo a Inglaterra en el caso, no ya de defenderse allí, sino de fortalecerse en la otra y en el centro del mar. No se satisfacen los alemanes con debilitar la posición de la Gran Bretaña en el Mediterráneo; sus miras son mucho más ambiciosas: pretenden expulsarla de ese mar, y adueñarse ellos a su vez, por mano de los turcos y de los búlgaros, del histórico brazo de agua que es el centro del comercio mundial.

¿Dónde han de debatirse, en definitiva, esas cuestiones de trascendencia jamás igualada, sino en los estrechos que llevan al Pacífico y al Atlántico? Conviene percatarse de estas consideraciones evidentes, que están al alcance del más lego y que nadie tiene derecho a ignorar o a echar al olvido.

NUESTRO OBJETIVO DE GUERRA INMEDIATO

CONFERENCIA DADA EN LA ESCUELA ALEMANA DE BARCELONA EL MIÉRCOLES 22 DE DICIEMBRE DE 1915, POR
WILHELM TIEMEYER

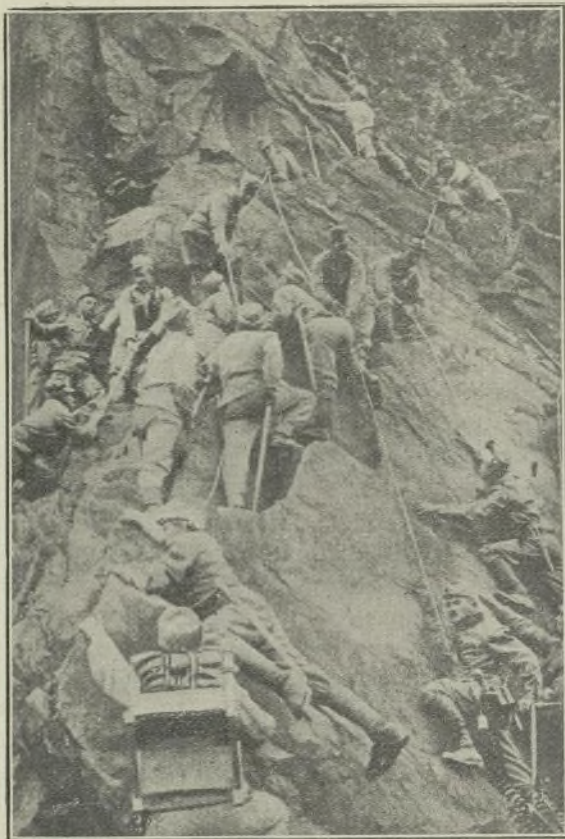
Al designar el tema que voy a desarrollar como «*Nuestro objetivo de guerra inmediato*» no pretendo crear un mapa, más o menos fantástico, del mundo en lo porvenir. Ni reúno cualidades de profeta que me permitan anunciar, de antemano, las condiciones de la paz.

Los intentos que se hagan con tal fin, no lograrán más que edificar en el aire un castillo sin base ninguna, pues el ejército francés sigue aún intacto, Rusia no ve hasta ahora su poder aniquilado a pesar de todas las derrotas y pérdidas que ha sufrido y todavía no ha ido a parar al fondo de los mares ningún superdreadnought inglés.

Si, a pesar de ello, hablo esta noche de nuestro objetivo de guerra inmediato, es porque solamente intento explicar el sentido, la importancia y el alcance de las operaciones militares y políticas del momento, y de las más próximas que se hayan de realizar.

«Cuando Alemania, comprendiendo la inminencia del ataque franco-ruso, declaró la guerra a los dos frentes, nadie hubiera sido capaz de determinar entonces un objetivo de guerra tan preciso y tan pal-

pable como los que Bismark tuvo presentes en su espíritu al emprender las campañas de Bohemia y de Francia. Empezábamos una guerra de defensa y no cabía prever cual sería nuestra suerte como nación.



Subida de tropas austriacas a uno de los picos del Tirol

Por de pronto se trataba solamente y ante todo de abrirse camino, luchando y luchando, entre la multitud de enemigos, hasta que la lección recibida les hiciera comprender la firme resolución de vivir que animaba a la nación alemana».

Hoy podemos afirmar, sin jactancia, que el camino nos lo hemos abierto luchando. Tales golpes hemos repartido que todos nuestros enemigos firmarían, de buena gana, la paz a condición de que las cosas volviesen al estado anterior a la guerra. Pero esto desgraciadamente es imposible porque tiene que haber alguno que pague el gasto. Ahora bien, los Imperios centrales se encuentran en la ventajosa situación que nace, no solamente de haberse mantenido vencedores, sino del sobrante de fuerzas de que hoy disponen, siquiera éste no pueda determinarse con precisión.

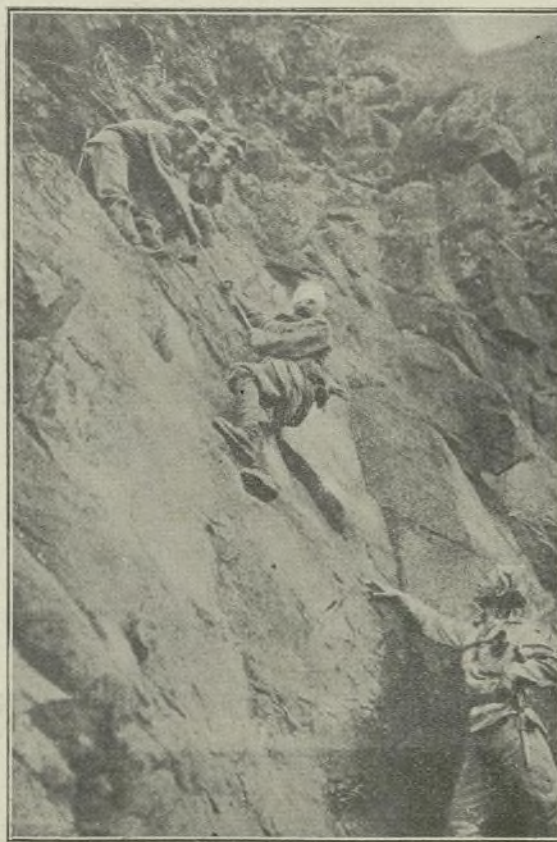
Cuando conjuramos el peligro directo que corría nuestra propia tierra, cuando nuestros ejércitos, en todas partes, habían penetrado a fondo en los países enemigos, surgió, naturalmente, esta pregunta: ¿Cuál será ahora el empleo más adecuado de nuestro sobrante de fuerzas? o bien: ¿Cuál ha de ser nuestro objetivo inmediato? Clara y precisamente ha contestado ya el canciller del Imperio: «*Nuestro objetivo consiste en hacer imposible que la agresión de 1914 se pueda repetir en lo futuro*».

¿Cómo vamos a consentir a nuestros enemigos, que en un porvenir próximo nos vuelvan a colocar en el mismo peligro? Lo mejor sería, desde luego, destruir militarmente y de una manera total los ele-

mentos de nuestros enemigos principales: sus ejércitos y escuadras. Pero, prescindiendo de que no podemos cerrar, sin más ni más, contra Inglaterra, pesando juiciosamente nuestros medios y por razones militares y económicas se ha desistido, por lo menos provisionalmente, de alcanzar el objetivo por ese camino.

Queremos evitar que se repita el asalto. Examinemos, pues, cuáles son los motivos que han impulsado a nuestros enemigos, veamos cuáles subsistirán después de la guerra, y si a los que pudieran producir una repetición del conflicto no podemos intentar, ya desde ahora, oponerles otros obstáculos importantes.

Empecemos por Francia. «Desde hace más de 40 años los franceses nos han dado a entender, todos los días, que no consideraban como definitivas las estipulaciones de la paz de Francfort y que, antes bien, estaban decididos a volver a luchar con nosotros tan pronto se les ofreciese una ocasión favorable para reconquistar su antigua posición en Europa y la Alsacia Lorena. Con esa conducta tal vez no han estado acertados porque, durante tan largo tiempo, nos han obligado a prepararnos, cada vez más, desde el punto de vista militar. Eso, en realidad, ahora se lo debemos de agradecer, pues, sin tales preparativos, no podríamos dar cima a nuestro problema actual. Pero la idea del desquite (revancha), por mucho que hablen los políticos de Francia, ha quedado definitivamente destrozada. Ha



Descenso de un herido leve, austriaco, desde uno de los picos del Tirol

muerto y no ha de resucitar. La experiencia que ha proporcionado a los franceses es tan tremenda que ninguna agitación, por apasionada que sea, logrará ya darle vida entre las masas. Porque no cabe coali-

ción más fuerte que la que ahora se ha forjado contra Alemania. Con la alianza de Inglaterra y de Rusia, los franceses creían estar seguros del triunfo y éste no ha aparecido. Y era ya el último momento en que se podía contar con él, pues la falta de aumento de su población hace que Francia cada vez descienda más en el orden de importancia de las naciones». *Lo que no alcanzó el Imperio tampoco lo*



General Puhallo, comandante del décimo cuerpo de ejército austro-húngaro

ha conseguido la república democrática. Sea cual fuere el sistema de Estados europeos que resulte después de la guerra, las antiguas esperanzas del desquite francesas han quedado destrozadas. De Francia no nos amenaza en serio peligro alguno de un nuevo asalto. De ese enemigo podemos, por tanto, prescindir en este momento.

En cambio nos vamos a ocupar muy detenidamente en las relaciones de Alemania con Inglaterra. ¿Qué motivos han sido los que han impulsado a este país a la lucha?

La base del imperio alemán, como la de todo Estado, es su población. Y Alemania creció y creció muy deprisa. La estadística de la población, en los últimos años, reducida a una fórmula breve, dice: Nacimientos anuales: 2.000.000; defunciones: un millón doscientos mil; aumento anual: 800.000. Es decir, que la población del Imperio aumentaba en 800.000 habitantes al año. Si se reuniese toda esa gente en un solo lugar, se podría formar con ella todos los años una ciudad como Barcelona. Esa muchedumbre quería vivir, es decir, comer, beber, tener habitación y vestirse. Todo eso cuesta dinero y la muchedumbre tenía que adquirirlo y ganarlo. La muchedumbre, aumentada cada año en 800.000 individuos, necesitaba trabajar para poder vivir, pero el trabajo sólo no bastaba y era preciso encontrar compradores para los productos. Aunque los alemanes son ahora ricos, no lo son tanto que puedan comprar todos esos productos del trabajo. El trabajo había, por lo tanto, de venderse en el extranjero, había que exportarlo. En los años que precedieron a la guerra, la exportación alemana era de unos once mil millones y medio de marcos. Esa exportación

era, según he dicho, necesaria, porque la multitud quería vivir. Y era también necesaria para adquirir, con el dinero que proporcionase (por más de diez mil millones y medio de marcos), primeras materias y sobre todo, trigo y alimentos que nuestro suelo no produce o no proporciona en cantidad suficiente.

En la misma situación que los alemanes, pero en circunstancias más graves, se hallaban los ingleses. También ellos tenían que vender. Como en el mercado mundial habían aparecido antes que nosotros, se sentían amenazados en su existencia económica. Y de ello surgió el conflicto: «Primeramente se limitó Inglaterra a la medida defensiva puramente político-comercial del *Made in Germany* que muy pronto produjo un resultado contrario al que se deseaba. Más adelante ya se oyó decir: «Si Alemania se atreve a rozar los intereses británicos, ¿qué significa la escuadra alemana? Viene a ser como una mosca en la pared, que no hay más que aplastarla. E inmediatamente después de la guerra ruso-japonesa vino dirigida á Alemania una gran amenaza acorazada: la construcción de los Dreadnoughts». Pero Inglaterra entonces no pudo tomar aún las cosas muy en serio, porque las luchas exteriores y civiles habían debilitado demasiado a Rusia. La medicina japonesa que Inglaterra misma le había recetado fué demasiado fuerte y no estaba Rusia entonces en condiciones de servir a los intereses británicos. Tampoco hubiera intentado ahora la lucha Inglaterra contando sólo con las fuerzas de sus aliados. Tenía, a su modo de ver, un medio más seguro de imponerse a los alemanes. Contaba con matarnos de hambre interrumpiendo nuestro comercio mundial que representaba un valor de 22.000.000 de marcos. Creyéndolo así consideró llegada su hora.



General Kneuszl, jefe de una división bávara

Si conseguimos ahora que esa esperanza de los ingleses se desvanezca para lo porvenir, si logramos asegurarnos una zona en que podamos vender nuestros productos y que, al mismo tiempo, produzca alimentos y primeras materias y esa zona se elige de tal modo que no puedan los ingleses impedir nuestra comunicación con ella, entonces habremos destruido toda confianza de Inglaterra en el éxito de un

nuevo asalto. Nuestro objetivo de guerra inmediato, en lo que afecta a impedir un nuevo asalto de los ingleses, consiste en procurarnos, con el sobrante de fuerzas de que disponemos, un territorio que reúna tales condiciones, pues con ello perderán los ingleses toda esperanza de matar por hambre a Alemania aun contando con su gran aumento de población. Queda determinado así nuestro objetivo de guerra inmediato con relación a Inglaterra.

¿Qué sucede en cuanto a Rusia? ¿Es de temer que, desde Oriente, se repita el asalto actual?

«No faltan políticos que se inclinan a no extremar las cosas con Rusia, a detener la guerra, por ese lado, en cuanto pueda hacerse decorosamente, restableciendo las anteriores relaciones de amistad. Sostienen para ello que es la primera vez que luchamos con los rusos y que, en realidad, no hay entre ellos y nosotros motivo alguno de conflicto. Procuran persuadirse y convencer a los demás de que el asalto de 1914 sólo ha sido un resbalón de la política rusa, resbalón que se debe perdonar y que no ha de influir para nada en nuestras futuras relaciones con el vecino oriental. En el fondo, dicen, los rusos no nos tienen odio y al cabo tendrán que reconocer que hemos nacido los unos para los otros y para marchar unidos. De modo que: ¡Cuenta nueva! y: ¡Volvamos a ser amigos!

Frente a estas afirmaciones, pongamos los hechos. Acerca de los sentimientos que reinan en Rusia con relación a los alemanes, ya hoy no cabe discutir. Los centros más elevados declaran solemnemente que la lucha va dirigida contra el enemigo tradicional de todos los eslavos. Hacemos la guerra, dicen, no sólo a Alemania sino al germanismo. Y un aullido salvaje de odio les ha hecho comprender que coinciden con el sentir del pueblo. Desde que la guerra comenzó, el odio a los alemanes ha alcanzado en Rusia unas proporciones que no se conocen claramente en Alemania. «Guillermo» es en Rusia el insulto más grave. Está prohibido hablar alemán en público; quien pronuncia una palabra alemana es objeto de insultos y de malos tratos. Y aun cuando fuese cierto que la población rural no sintiese hostilidad hacia nosotros, qué nos importa el Mujik analfabeto. No es él quien ha de inspirar la política en el futuro como no ha podido impedir esta guerra. La burocracia, el ejército, los intelectuales y, no hay que echarlo en olvido, los centros de la industria y del comercio, todos esos elementos nos detestan con un odio concentrado, con una furia de la que, hasta ahora, no había habido ejemplo entre los pueblos cultos. En Inglaterra y hasta en Francia había, antes de la guerra, entre personas de autoridad y de influencia, por lo menos algunos amigos convencidos de Alemania. En Rusia, no.

Esos hechos no perderían nada de su importancia para nuestra política aun cuando no hubiese motivo racional alguno para esa enemistad de los rusos, pero es que existen varios de esos motivos. No voy a referirme sino a los principales. El primero consiste en la superioridad del alemán que por punto general se manifiesta; superioridad a la que el ruso no consigue ir a la mano y que, en el terreno económico, la interpreta como dominación extranjera. La afirmación que frecuentemente se oye de que ambos pueblos, por ser vecinos, han de entenderse económicamente

y que, por ese motivo, los lazos que los unen cada vez han de ser más estrechos, no deja de ser una afirmación puramente gratuita. Precisamente esas relaciones impuestas, el ruso las siente, dada la superioridad notoria del alemán, como una ofensa para su orgullo. Su agricultura le obliga a acudir al mercado alemán, y para cien artículos de su industria no puede prescindir de surtirse en Alemania. De lo contrario se vería obligado a comprar más caro y vender más barato. Necesita directores de fábrica y maestros de taller alemanes; y al comerciante alemán se lo encuentra siempre en su camino. En tales condiciones, ¿puede causarnos sorpresa que se considere dominado y explotado? Ante la renovación de los tratados de comercio, prevista para 1917, el temor a la superioridad alemana, ha contribuido mucho a avivar en Rusia los sentimientos que han producido la guerra».

Somos el enemigo tradicional de todos los pueblos eslavos. Es este un punto en el que coinciden todos los partidos rusos. Todos ellos persiguen el ideal de reunir bajo el cetro de Rusia a todos los eslavos, adelantando las fronteras del Imperio hacia Occidente y hacia el S. O. y logrando así también el acceso al mar abierto que tanto necesitan. Y la guerra actual dará mayor intensidad a ese deseo. Uno de los motivos capitales de sus desastres lo ven, y no sin razón, en su aislamiento, pues ven, por ejemplo, en esta guerra, cerrados los Dardanelos que antes cruzaban al año más de 10.000 barcos con trigo ruso. De esto se desprende que la aspiración de los rusos en lo porvenir tenderá, con más fuerza aún que antes, a la conquista de Constantinopla y al dominio del Báltico. Esto último nos afecta directamente, pero la conquista de Constantinopla y el dominio con ello sobre los eslavos balcánicos significaría un golpe mortal para nuestro más fiel aliado, para Austria. Si hubiésemos abandonado hace un año a esta nación, que constituye nuestro apoyo más firme, los rusos, en el reparto de los dominios austriacos, nos hubiesen cedido, por de pronto, sin dificultad y como recompensa la mayor parte de las regiones en que se habla el alemán. Pero tal traición se hubiese vengado más o menos tarde, de una manera cruel. En 1804 dejó Prusia a Austria en la estacada; en 1806 sufrimos el desastre de Yena y Austerlitz.

Sean las que fueren nuestras esperanzas de otros éxitos contra Rusia en esta guerra, no podemos, como resultado de la misma, contar aún con la disolución completa del Imperio ruso, dado el actual estado de cosas. Con la gran riqueza de su suelo Rusia se repondrá en breve de sus derrotas. Si la población alemana aumenta en 800.000 individuos al año, Rusia aumenta en tres o cuatro millones, de manera que, hasta las pérdidas que pudiera ocasionarle la guerra, pronto las compensará. Y como saben los rusos que el camino de Constantinopla pasa para ellos por la puerta de Brandenburgo, la nube de otro asalto ruso seguirá, más negra que antes, amenazando como un fantasma en el horizonte oriental.

Otro objetivo nuestro consiste en impedir que esa nube descargue o la haga, en lo posible, inofensiva. Tenemos que reforzar nuestra posición militar y política frente a Rusia en términos tales que, a ser posible, no se atreva a seguir orientando su política hacia occidente y que si lo hiciera podamos tranqui-

los oponernos a su ataque desde una posición de fuerza suficiente. De modo que los objetivos de guerra que pretendemos alcanzar con nuestro sobrante de fuerza son: en primer lugar la adquisición para nuestra economía de un territorio que Inglaterra no pueda cerrarnos en caso de guerra, y en segundo término afianzar nuestra posición frente a Rusia. Tomadas esas dos medidas es difícil que nuestros enemigos se decidan a repetir el asalto de 1914.

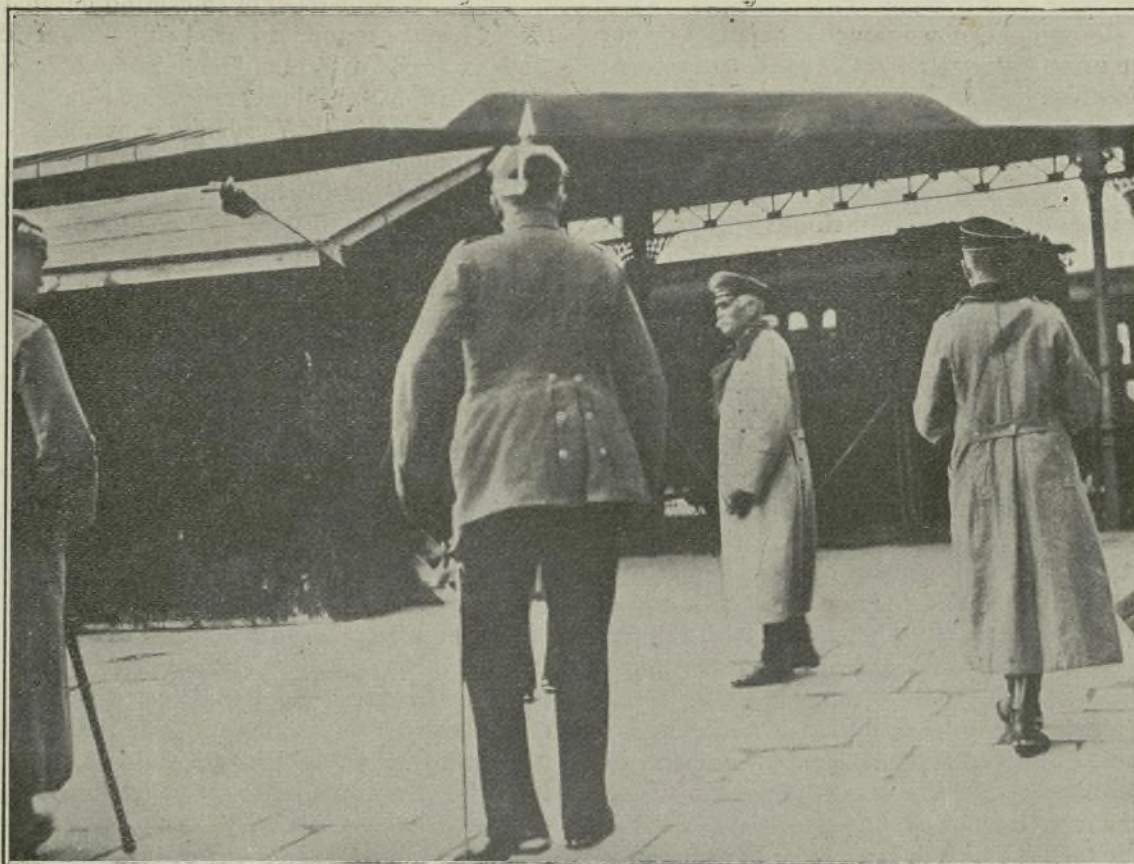
La favorable situación en que se encuentran los Imperios centrales les permite alcanzar esos dos objetivos inmediatos siguiendo un solo camino. Las dificultades de éste no han sido tampoco tales que no se hayan podido vencer, con toda seguridad, con el sobrante de fuerzas de que disponíamos. El camino pasaba precisamente por el punto más débil de la muralla que cercaba a los Imperios centrales. Sabido es a cuál me refiero: al camino del S. E., al que atraviesa Serbia. La conquista de un país esquilmado, como Serbia, hubiese tenido en sí poca importancia para nosotros, pero Belgrado y Nish son puntos de etapa de la línea Viena-Sófia-Constantinopla-Bagdad.

El refuerzo de Bulgaria ha sido consecuencia de nuestros triunfos en Rusia. Además de nuestras victorias militares también hemos alcanzado triunfos diplomáticos. La Grecia que gobernaba Venizelos era todo menos amiga de Alemania; hoy nuestra influencia en aquel país es tal que algunos optimistas cuentan ya con su unión a los Imperios centrales. En Rumanía también nos era desfavorable, en un principio, la disposición de los ánimos. De ello dan fe las prohibiciones de exportación y paso. Hoy nos venden los rumanos trigo por valor de 200 millones y no piensan en permitir el paso a los rusos. El jefe de su Gobierno se prepara y declara que Rumanía intervendrá todavía en la guerra. Claramente se percibe que ese país no tiene grandes intereses del lado de Rusia y tal vez ganemos la próxima batalla diplomática en Bucarest. No debe de causar tampoco sorpresa que nuestra influencia en Turquía vaya en aumento. Antes de la guerra los franceses ejercían allí y particularmente en Siria una influencia económica preponderante. Sus escuelas, hospitales, misiones y pequeñas empresas ferroviarias habían hecho que fuese el francés el idioma del comercio. Pero las escuelas francesas se han cerrado, el Estado ha expropiado los ferrocarriles y la influencia francesa desaparece cada vez más. En cambio la alemana crece. A los turcos y en especial a los árabes solamente les impresiona la fuerza. Con rapidez increíble comunidades religiosas secretas hacen correr por todo el país la noticia de que los franceses no consiguen arrojar de su tierra al enemigo y de que los alemanes, en cambio, alcanzan en todas partes triunfos de consideración y con ello aumenta extraordinariamente nuestro prestigio. Hay que añadir a esto que los franceses hacían allí competencia a las industrias nacionales en tanto que Alemania las apoya y fomenta. Mientras que los franceses compraban tierras, los alemanes vendían arados de hierro. Este crecimiento de la influencia alemana tiene todavía una manifestación más concreta: del discurso del jefe del Gobierno turco se desprende, sin duda alguna, que la alianza de los Imperios centrales con Turquía no se ha pactado sólo para esta guerra.

De manera que estamos en camino de asegurarnos una zona económica que abarque los Balkanes (cuya extensión es casi tan grande como la de Alemania), el Asia Menor, de superficie análoga, y además Siria y Mesopotamia. Y cada vez se oye hablar más del crecimiento de la influencia alemana en Persia y de alzamientos hostiles para Rusia. Tal vez consigamos que Persia entre también en nuestra zona de influencia. Hasta el Emir de Afganistán despierta sospechas como germanófilo. Pero, aun sin necesidad de Persia, el resto de la zona bastaría, por de pronto, como campo de trabajo a los alemanes y austriacos. Pues podríamos exportar a esa zona no solamente productos de nuestra industria sino también capacidades alemanas. La agricultura, hasta ahora muy primitiva, de aquellas regiones necesita máquinas; la construcción de canales de riego y de caminos y ferrocarriles para la exportación de los productos de la tierra requiere ingenieros alemanes; las escuelas necesitan maestros alemanes. Además en esa zona podremos proporcionarnos, más adelante, la mayor parte de las primeras materias que nuestra industria necesita, así como carne y trigo. Hasta cabe afirmar, tal vez, que con un desarrollo adecuado de estos supuestos posibles, lograrían formar los Imperios centrales, unidos a esos territorios, un Estado económico cerrado, es decir, de condiciones tales que pudiera prescindir de los demás países en cuanto a importación y exportación. Y ese territorio tiene además una particularidad sobresaliente: la escuadra inglesa no nos lo puede interceptar. Con eso, aun suponiendo que en esta guerra ya no consiguiésemos nada contra la Gran Bretaña, habríamos destruido, para siempre, en los ingleses la esperanza de matarnos por hambre y sin esa esperanza no se atreverán a volvernos a dar el asalto.

El paso para el Oriente cercano, tal como lo hemos asegurado, tiene para esta misma guerra una importancia grande. Ya en Bulgaria funciona una compañía alemana para la compra de trigo. En Gallípoli el cañoneo de los muelles por los turcos acusa recientemente la presencia de nuevos cañones de grueso calibre que dificultarán, cada vez más, la permanencia y la retirada de los aliados. La misma ofensiva reciente de los turcos al Sur de Bagdad, que ha hecho retroceder a los ingleses 140 kilómetros, tal vez haya de atribuirse a que los turcos, contando ya con nuevos abastecimientos, no necesiten economizar su material. A principios de diciembre llegaron a Constantinopla 2500 vagones con material de guerra. Con el camino abierto hacia el S. E. los numerosos recursos en hombres, de que dispone Turquía, adquieren todo su valor. Ahora es cuando los ejércitos turcos podrán ser suficientemente provistos de fusiles, cañones y de todos los demás elementos. El mismo *Padischah* ha anunciado el envío de cuerpos turcos a la frontera ruso-alemana.

Con ello ponemos también a los turcos en condiciones de seguir acometiendo a Inglaterra. Como potencia terrestre, sólo en tierra podemos coger seriamente por la garganta a esa nación. Y la garganta es el canal de Suez. Ciertamente que no seremos nosotros sino nuestros aliados turcos, a los que habremos puesto en condiciones, quienes procurarán sujetar por la garganta a Inglaterra hasta que hayamos alcanzado no solamente nuestros objetivos de



El general en jefe de las tropas alemanas y austriacas en la ofensiva contra Servia. (El mariscal de Campo von Mackensen nació en Alemania el 6 de diciembre de 1849. Visitó el Instituto de la ciudad de Halle, donde estudió el bachillerato, pasando después a la Universidad de aquella ciudad. El 1.º de octubre de 1863, ingresó en el segundo regimiento de Húsares de Corps. En la campaña de 1870 contra los franceses, marchó con su regimiento a la guerra, en la que ascendió a teniente. Al terminar la guerra siguió estudiando Derecho. En 1873 volvió a ingresar en el segundo regimiento de Húsares de Corps con el grado de teniente. En 1880 pasó al Estado Mayor. El 27 de enero de 1908 fué nombrado general de Caballería y jefe del 17.º cuerpo de Ejército en Danzig. Cuando Guillermo II era todavía Príncipe, el mariscal von Mackensen enseñaba a éste Historia de la Guerra, como Profesor de la Escuela de Guerra. Más tarde fué Preceptor del Kronprinz alemán en Danzig, con el que mantenía relaciones muy amistosas. En la ofensiva contra Rusia contribuyó con sus tropas al mando del Archiducado Federico de Austria, a la victoria de los Cárpatos y a la liberación de la Galizia de los rusos, así como a la conquista de la Polonia)



Ataques de infantería alemana en Wilyamowilschi (Rusia)

Ayuntamiento de Madrid



Tropas búlgaras en camino hacia la frontera serbia



Reservistas montenegrinos

Ayuntamiento de Madrid

guerra inmediatos sino también algunos otros. Con la más grande satisfacción llegaríamos hasta a cortar esa garganta. «Quien se apodere del canal y lo conserve separa a Inglaterra de sus colonias africanas, asiáticas y australianas. Cayendo Egipto, vacila la India. El verdadero poder y el prestigio de Inglaterra están anclados en el canal de Suez. Esto lo saben los ingleses y por eso, antes de que Turquía interviniese y para impedir una declaración de guerra y la consiguiente amenaza turca al canal de Suez, pasaron en Constantinopla, en cuatro semanas, por más humillaciones que las que han tolerado al mundo entero durante cuatro siglos. Por ello, cuando la amenaza se ha convertido en realidad, han reunido en el canal, desde hace un año, una fuerza militar siempre creciente.» Por eso emprendieron en Gallípoli el ataque contra Constantinopla y por eso intentan nuevamente cortarnos ahora en Salónica el camino hacia el S. E. Claro está que Inglaterra seguirá haciendo los mayores esfuerzos para defender el canal. Tal vez intente desembarcar en Alexandrette a fin de cortar el ferrocarril de Bagdad que allí solamente dista 20 kilómetros de la costa. Separan al canal, de Constantinopla, unos 2,000 kilómetros, es decir, un distancia doble de la que hay entre Vigo y Barcelona. Ciertamente es que los turcos para su avance cuentan con el ferrocarril de Bagdad, pero esta línea presenta aún dos soluciones de continuidad de 18 y de 5 kilómetros en las montañas del Tauro y del Amanus. Los túneles aún no están terminados, pero ambos puntos se salvan por buenos caminos. Luego, el ferrocarril de la Meca llega hasta los límites del desierto de Sinaí. Pero esa vía, por lo menos antes de la guerra, era de escaso rendimiento. En el desierto sólo había depósitos de agua para las locomotoras cada 90 kilómetros. El rendimiento máximo de este ferrocarril de una sola vía y de vía estrecha era, antes de la guerra, de nueve trenes diarios en cada dirección, y como el transporte de un batallón requiere tres trenes no podían transportarse, en un mes, más de 90,000 hombres, prescindiendo de transportes de material, municiones y aprovisionamientos. ¿Y qué representan 90,000 hombres para una ofensiva en gran escala en esta guerra? De todo esto se desprende que no cabe pensar en un transporte de fuerzas alemanas al canal.

Durante la guerra se ha construido un ramal que atraviesa la península del Sinaí, llegando ya hasta a 100 kilómetros del canal. También se está construyendo una conducción de agua de centenares de kilómetros. No hay que olvidar, sin embargo, que la posición inglesa se ha convertido en una fortaleza sistemáticamente preparada durante un año. De modo, que si los turcos quieren, por lo menos, amenazar el canal, si quieren apretar algo la garganta a los ingleses, preciso es que les mandemos, no sólo organizadores sino también artillería pesada, pues en esas guerras de posiciones decide, en definitiva, la superioridad de artillería. Pero la partida bien vale semejante puesta.

Si con el camino abierto hacia el S. E. se ha fortalecido Turquía y con ello nuestra posición mundial, este resultado se notará en lo porvenir aún mucho más. Rusia en su desenvolvimiento habrá de luchar probablemente con muchas más dificultades interiores que Turquía. Con el auxilio

de los Imperios centrales puede Turquía desarrollarse tan rápidamente como Rusia, pues son sus territorios, considerados económicamente, por lo menos tan ricos como los rusos. No hace falta más que fomentarlos. Y lo mismo hay que decir de los territorios balcánicos que, en el camino hacia el S. E., se abren a la influencia alemana. Con el desarrollo económico crece el poder militar. Y si Rusia, en lo porvenir, se ve frente a un bloque de Estados que llegue desde el Báltico hasta el golfo de Persia, que tal vez comprenda a este mismo país y que, económica y militarmente, esté organizado por los alemanes, es fácil que prefiera el camino del Asia oriental, como más seguro, a una probable segunda derrota en occidente por fuertes que sean los impulsos que pretendan imponerle ese rumbo.

Pero para asegurarnos ese territorio en el S. E. no sólo hay que arrojar a los aliados de Salónica y de Gallípoli, sino también a los ingleses de la Mesopotamia. Hay que hacer que los rusos sean inofensivos en Armenia y sobre todo hay que ganarse aún completamente a los rumanos.

Tal vez la próxima gran ofensiva se dirija contra el frente ruso meridional para, en unión con los rumanos, conquistar para éstos la Besarabia, con lo cual quedaría descartada, desde luego, la posibilidad de cualquier expedición rusa a los Balkanes. Ignoramos si las condiciones del clima permitirán que esto suceda antes de la primavera próxima. De todos modos nos hallamos completamente en camino de alcanzar nuestro objetivo de guerra inmediato, es decir, de quitarles a nuestros enemigos, para siempre, el gusto de repetir el asalto de 1914. Y seguramente que, de este avance al S. E., volveremos con un sobrante de fuerzas que aún habrá aumentado y que, desde el punto de vista estratégico, nos permitirá seguir dictando la ley a nuestros enemigos.

Con esto, he llegado al término de mi discurso. Lo que yo he pretendido ha sido sólo presentar los sucesos actuales en su enlace, fundándome, para ello, en razones positivas. Pero aparte de las razones está la fe: la fe en nuestro pueblo y en su porvenir. Y confiados, podemos creer y esperar que el sobrante de fuerzas de que disponemos alcanza a más objetivos que los que hoy he citado y que pudieran considerarse como los más inmediatos que matemáticamente se ha calculado que se habían de alcanzar. Podemos esperar que nuestra fuerza basta para dar el golpe de muerte al imperio colonial británico y para destrozar a Rusia en el año de guerra venidero. Podemos tener fe en un gran porvenir del germanismo.

WILHELM TIEMEYER
(Traducido por GRAVELINAS)

Madrid 26 diciembre 1915.

Lo comprendido entre comillas está tomado de la obra de Rohrback «Das grössere Deutschland» (1).

(1) «La Alemania engrandecida».

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

Una excepción

(El señor B).—Cónstele, señor don Subrio, que esta tarde no tengo gana de pelea.

—¡A buena hora! No la he tenido yo nunca, y me veo obligado a desenvainar la lengua para repeler los ataques de ustedes. La mansedumbre en que V. se escuda ¿no será una añagaza? ¡Cualquiera se fía del vecino, en estos tiempos!

(El señor A).—Crea V., don Subrio, que el señor B está desconcertado, y desea que no le toque V. su punto flaco, porque hoy no se encuentra con ánimos para luchar.

—¡Me deja V. atónito! ¿Qué le ha ocurrido a V., señor B? ¡No sea V. impresionable!

(El señor B).—Sencillamente, que me ponen de mal humor los periódicos ingleses. Ni siquiera tienen la precaución de cubrir las apariencias.

—¿A qué se refiere V.? ¿A la conquista de Grecia?

(El señor B).—Le digo a V. que no estoy para bromas. ¡Dónde se ha visto! ¡Reconocer los triunfos de los alemanes, confesar las propias derrotas,...! Su lectura pone la carne de gallina al más terner! ¡Hasta el apetito me ha quitado!

—Habrá sido V. el único. Tenga V. la convicción de que ningún inglés ha dejado de comer, beber y dormir como de costumbre.

(El señor B).—De modo que ¿V. cree que son insensibles al fracaso y que les importa lo mismo la victoria que la derrota? ¡Y decía V. que no pretendía hacerme saltar!

—Yo no creo nada eso; todo lo contrario. Y si V. me permite y no lo toma a guasa, añadiré que jamás he admirado tanto a Inglaterra como ahora.

(El señor B).—¡Por Dios, don Subrio; déjeme V. en paz!

—Como V. lo oye. La grandeza de los pueblos se manifiesta en las adversidades. Cuando los tiempos son favorables, cuesta poco conservar la ecuanimidad. Y aunque esta preciosa cualidad tal vez no se encuentra bastante desarrollada en ciertos personajes ingleses, el pueblo en general está ofreciendo un espectáculo admirable. No cabe duda que tantos siglos de ser los árbitros del mundo, han dado a los britanos una fortaleza moral, que no afirmaría se encuentre en igual grado en ninguna otra nación.

(El señor A).—¿Ni en Alemania? ¿Va V. a negarse a sí mismo?

—Los gobernantes alemanes no ocultan los pequeños descalabros que de vez en cuando sufren sus armas; pero como los éxitos son tan grandes y continuados, esas nubecillas ni siquiera llegan a dar sombra. Si la suerte les volviera las espaldas y los ejércitos fueran derrotados gravemente una y otra vez ¿perdería Alemania la serenidad y la confianza? Yo creo que no, pero no lo juraría. Por si acaso, más vale que no llegue el día de la prueba. En momentos de apuro, Alemania—tal es mi parecer—haría esfuerzos y sacrificios mayores que los de Inglaterra; pero no es este el caso: de lo que hablamos es de la actitud del pueblo, de su impasibilidad, de su imperturbable confianza.

(El señor A).—Le desconozco, don Subrio.

—Nunca me ha conocido V., señor A. A mí me complace reconocer todo lo bueno, esté donde esté, y fustigar todo lo malo, hállese donde se halle. Pero, al mismo tiempo, no me agrada que me tomen el pelo, ni mucho menos que me engañen como a un belga.

(El señor B).—¡Ya salió aquello!

—Y lo de más allá también; esto es, que al desear la victoria de este o aquel, se prescinda de lo que conviene al país propio.

(El señor A).—Dispara V. con mortero del 42. ¡Caracoles con su paciencia!

—Por lo demás, lo que al señor B le irrita contra sus amigos, a mí me inflama en admiración. Al pueblo débil, como al niño, hay que endulzarle las píldoras, darle las malas noticias con cuentagotas, y diluirlas en un fárrago de promesas ilusorias.

(El señor A).—Si es alusión, muchas gracias, don Subrio.

—No se si es alusión, pero justicia sí que es. En cambio, la nación fuerte no tiembla jamás, porque tiene la conciencia de que en su seno hay energías para reparar todos los desastres. ¡Una operación quirúrgica! ¿Quién no la desea, si es para recobrar la salud? Se hace lo posible y aún lo imposible por evitarla; si no hay más remedio, ¿a qué temblar, ni romper en llanto?

(El señor B).—Los ingleses abusan de su fortaleza moral, y esto es lo que lamento. Parece que se complacen en remover el hierro en la herida.

—No, señor; se limitan a mostrarla, no la esconden, porque saben que así cada cual se esforzará en cumplir con su deber. ¡Tienen razón! Para combatir un mal, lo primero es conocer la enfermedad. Con buenas palabras no se va a ninguna parte. A la vista del peligro, unos cierran los ojos y se ponen a gritar; otros, los abren aún más, por si consiguen dar con la solución salvadora. El resultado es inevitable: los primeros se estrellan, y los segundos, más o menos descalabrados, conservan la vida.

(El señor A).—Para que descansen el señor B, me acomete V. a mí con torpedos y gases asfixiantes.

—¡Qué más asfixiante que la prosa de Barrés y los lirismos de Maurras, Charles, y la erudición, adquirida a bajo precio en el Rastro, para molernos los sesos con recuerdos de la Edad Media! ¡Así nos labramos un porvenir!

(El señor A).—Si le dejaran, acabaría V. con el derecho de pensar.

—¡Al contrario! No sospecha V. cuánto me satisface que se desbarre tanto al referirse a los beligerantes y a la guerra. De no ser así, no se presentarían ocasiones de predicar la verdad y poner en ridículo a los pedantes. Y a Inglaterra—justo es reconocerlo—no se la puede inculpar de pedantería, ni de apocamiento.

(El señor A).—Es V. tan apasionado para lo bueno como para lo malo. ¡Ayer, para V. los ingleses eran diablos, y hoy nos los pinta V. como ángeles!

—Nunca he hablado en el idioma de Skuludis; como es griego, está bien que no le entiendan los aliados; pero yo me expreso siempre en español y además como español. Para mí, español, los ingleses no son precisamente santos, lo cual no es óbice para que les reconozca, y aun les envidie, sus buenas cualidades.

(El señor A).—Lo mismo hacemos todos.

—Se equivoca V. Hay quienes no admiten que los alemanes tengan ninguna de esas buenas cualidades, ni siquiera una sola, apasionamiento que jamás han llevado los ingleses hasta ese extremo. Eso, no lo negará V. ni nadie.

(El señor A).—Lo que yo le digo a V., es que yo me quedo con la opinión de los franceses y me río de los ingleses.

—Ría V. de prisa, porque pronto le entrará el hipo. ¡Verá V. qué gusto le dará que unos le aplasten por un lado y los otros naveguen por el otro!

(El señor B).—¿V. cree, don Subrio, que Inglaterra no será destrozada, a pesar de lo que dicen los periódicos de Londres?

—Desgraciadamente, estoy cierto de ello. Esta vez, como siempre, pagarán los justos por los pecadores; al decir justos, quiero decir *primos*.

(El señor A).—Pues si Inglaterra no es derrotada, ni Rusia tampoco...

—¿Quién le habla a V. de Rusia? ¿Cree V. en el ejército que se reunía en Reni, en la Besarabia, para invadir Bulgaria?

(El señor A).—¡Me hace gracia la pregunta! ¡Si es un hecho innegable!

—Pues, se habrá ahogado en el Danubio. Cuando tanto tienen que arreglar en su casa ¿cree V. a los rusos tan serbios que iban a derramar la poca sangre que les queda, metiéndose en aventuras rumano-búlgaras? ¿No les sirvió de nada el ejemplo de Delcassée? Cuando las circunstancias aprietan, el más torpe sabe nadar y guardar la ropa; esto para Rusia es relativamente fácil, porque los alemanes la han dejado en ropas menores; así se simplifica el equipaje.

(El señor B).—Diga V. que los rusos van a perecer de frío.

—Contra el frío no hay mejor antídoto que el ejercicio, unas veces en forma de carreras, y ahora en viajes de ida y vuelta: ¡Ataques contra Ilusot, y

corriendo a casa! ¡Asalto a Czartorysk, y a repasar el Styr!

(El señor B).—¿Sabe V. algo de los montenegrinos?

—¿Quiénes? ¿Aquellos que tenían un cañón? Creo que están sitiando a Skútari.

(El señor B).—Se lo pregunto a V. con seriedad.

—No sé más sino que derrotan diariamente a los austriacos, pero, como estamos en invierno y hace tanto frío, su territorio se va encogiéndose y pronto será como un garbanzo... que unos olerán y otros se lo comerán.

(El señor B).—¿Y de Salónica, del Irak, de los Dardanelos...?

—Que los aliados están en plena estrategia. Ni Hindenburg, ni Mackensen saben una palabra de esa ciencia, porque la estrategia sólo aparece cuando hay que dar media vuelta. ¡Si Napoleón resucitara, se moriría de vergüenza! ¡Vaya unos discípulos que le han salido, entregados al juego de las Juntas, que terminan en banquete. La verdad es que la guerra también tiene sus compensaciones, con champagne y todo.

(El señor A).—No me atrevo a preguntar por los italianos...

—Son los más felices. Siempre en la parra, de triunfo en triunfo; Isonzo va, Isonzo viene. Goritzia por aquí, Goritzia por allá, y alpini a todo pasto. ¡Lo que escribirán después de la guerra! A cada Col, sea de Lana o de Seda, le dedicarán un par de volúmenes en verso y con grabados. En cambio, los austriacos encerrarán toda la historia de esta campaña en un papel de fumar.

(El señor A).—¿Tan poco tendrán que contar?

—Les bastará recordar un proverbio español, y regalarlo a Annunzio, para que no lo olvide y lo adopte, si gusta, como lema: Entre Col y Col, lechuga, como si dijéramos: Entre palo y palo, garrotazo. ¡Y a escribir poesías!

SUBRIO ESCÁPULA

CRÓNICA MILITAR

I. Verdun y las futuras operaciones en Francia.—II. Los errores militares de Inglaterra.—III. La evacuación de Gallipoli por los ingleses.—IV. La situación el 30 de diciembre

I. — Verdun y las futuras operaciones en Francia

Mientras en el frente ruso se observan indicios de que los austro-alemanes reanudarán oportunamente sus operaciones ofensivas, que demanda también la situación general en aquel teatro, en el occidental no se advierten, desde fecha ya remota, señales de un ataque a fondo por parte de los alemanes, en la región de más valor para los franceses: la del N. E., que comprende la red de caminos a París; podrá tal vez sobrevenir una acometida en Flandes y, más aún, un movimiento de ruptura que conduzca al envolvimiento de todo el ejército británico, pero una maniobra dirigida especialmente contra Francia no ha vuelto a intentarse seriamente desde el 5 de septiembre de 1914.

Después de sus derrotas en Namur, Maubeuge y

San Quintín, el ejército francés tomó la línea de retirada más prudente y acertada, replegándose al Sur entre la línea de plazas fuertes del N. E., representadas en primer término por Verdun y Toul, y el gran campo atrincherado de París. Tuvo la habilidad el general Joffre de no perder el contacto con las plazas del E., y así pudo retroceder teniendo cubierto su flanco derecho. La tentativa de envolvimiento que desarrolló von Kluck, contra el ala izquierda francesa, fracasó por haberse ésta replegado al S. E. de París; tuvo forzosamente von Kluck que amoldarse a este movimiento, y entonces fué cuando el nuevo ejército reunido en París hizo su aparición y provocó la retirada de todo el frente alemán. Sin París o sin Verdun y Toul, es casi seguro que el ejército de Joffre hubiese recibido un nuevo golpe, del que ya no pudiera recobrarse en lo sucesivo, y la guerra se habría decidido en el mes de septiem-

bre. Si en Joffre fué un acierto llevar la retirada entre los dos robustos grupos de fortificaciones, imprudencia notoria constituyó en los alemanes el rápido avance de persecución, dejando a uno y otro lado sólidas defensas en poder del enemigo.

sea Francia un teatro abonado para grandes y atrevidas maniobras.

En compensación, el ataque a las plazas del N.E. no entraña riesgos estratégicos, ni exige otra cosa que el empleo de los medios adecuados. Los ejérci-

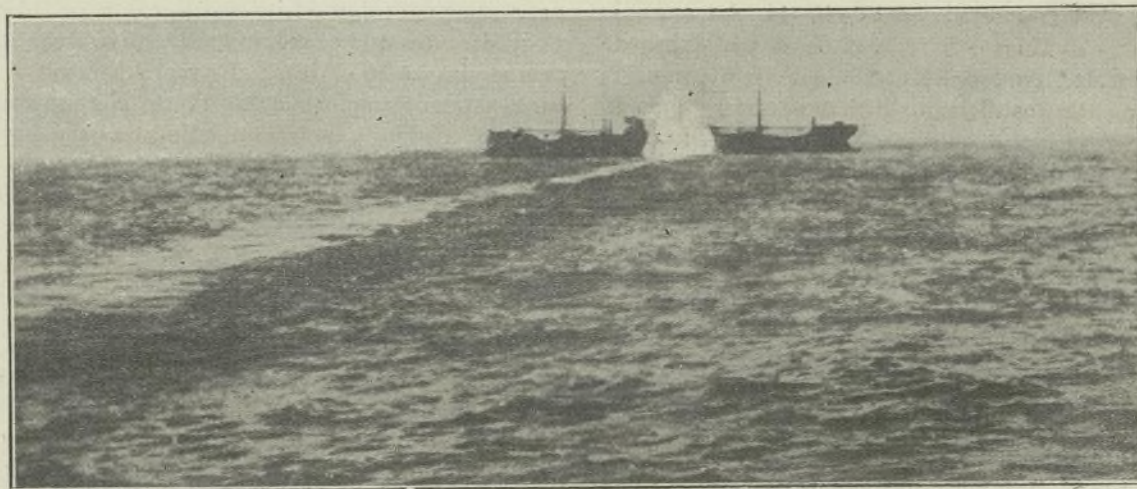


Archiduque José Fernando, comandante del IV ejército austro-húngaro

Las circunstancias que concurrieron en las operaciones de primeros de septiembre de 1914, no se han modificado, y volverían a presentarse ahora, más favorablemente aún para los franceses, que, habiendo aprendido por la experiencia el partido que puede obtenerse de sus plazas, están mejor advertidos y preparados y las utilizarían con mayor provecho.

De las dos barreras que protegieron a los franceses, París es poco abordable, porque su ataque exigiría la ruptura del centro francés y los alemanes

tos sitiadores estarían en perfecto y asegurado enlace con su país, nada habría que temer por las líneas de comunicaciones, y la empresa sería mera cuestión de tiempo, una vez derrotado el ejército móvil que se mantiene delante de Verdun. Pero los fuertes de este campo atrincherado no han sido todavía seriamente cañoneados, ni han hecho, que se sepa, su aparición en aquel sector los morteros de 42 centímetros, ni los Skoda austriacos. Varios de estos fuertes hubieran podido ser reducidos a escombros con facilidad, teniéndose así mucho adelantado para



Vapor inglés torpedeado por un submarino. (En la fotografía aparece con claridad la estela dejada por el torpedo)

adelantarían con las dos alas al descubierto. Esto no quiere decir que la empresa no se intente si se presenta una oportunidad propicia, toda vez que en la guerra lo más sencillo suele ser lo más eficaz, por peligroso y expuesto que parezca. Pero en el estado a que han llegado las operaciones y con la maestría adquirida por los dos beligerantes, no parece que

la conquista del resto de la posición el día que se la atacara con fuerzas suficientes; sin embargo, a pesar de las facilidades que repetidamente se les han presentado a los alemanes, nada de esto han intentado.

Acaso se arguya que demorando la intervención de las piezas de gran calibre para el último momento, que es el método que emplearon contra Mau-

beuge y las plazas rusas, los alemanes creen conseguir un éxito de sorpresa y no darán tiempo a que las tropas móviles se atrincheren en los intervalos; la objeción no es fundada: alrededor del cinturón de fuertes de Verdun han establecido los franceses unas líneas tan sólidas como las del resto del frente, y ahora tendrían los alemanes que romperlas y luego arrasar los fuertes para apoderarse del campo atrincherado que está prestando inapreciables servicios a Francia. Hasta siete u ocho meses atrás no eran tan firmes las líneas francesas de Verdun; actualmente, aquella posición es la más fuerte de todo el teatro occidental. Y como mientras no la rindan los alemanes no pueden prometerse un éxito decisivo desde París al E., se infiere que no van sus pensamientos por este lado, es decir, que no creen encontrar la paz como consecuencia de una derrota del ejército francés, que no es lo mismo que el ejército aliado.

II.—Los errores militares de Inglaterra

Si bien la iniciativa estratégica ha correspondido hasta ahora a los imperiales—salvo casos aislados de reducido alcance,—en el campo de la política de la guerra ha correspondido el primer lugar a Inglaterra en el ejercicio de la iniciativa.

Poco después de la apertura de las hostilidades y antes de que los alemanes pensarán acercarse al litoral de Flandes, un ejército británico pasó a formar en el ala izquierda de los franceses; casi enseguida, algunos contingentes fueron enviados a Amberes para prolongar la resistencia de aquella fortaleza, que amenazaba por la espalda a los invasores de Bélgica. Con la posesión de Amberes por ingleses y belgas, se pretendía, no tanto entorpecer el avance alemán, como dar tiempo a reunir un fuerte ejército que desembarcara en la costa belga y se situara en el flanco del invasor. De este modo, a la vez que se contribuía a la defensa de Francia, se impedía el acceso de los alemanes al canal de la Mancha, se ponía Inglaterra a cubierto de toda amenaza y se daba extraordinaria facilidad de acción y movimientos a la escuadra. Por insuficiencia de preparación y por no haberse estudiado bien el problema militar, fracasaron esos intentos, e Inglaterra vió cómo se asomaban frente a sus costas los soldados alemanes.

La segunda tentativa se concretó en los Dardanelos y Gallípoli. Más que la apertura de los estrechos, se perseguía la intervención en la guerra, al lado de los aliados, de Grecia, Bulgaria y Rumanía, es decir, cerrar el paso del enemigo hacia el Asia Menor. El plan, aunque revistió la forma de ataque, era de índole defensiva, porque tendía a poner en seguridad el Egipto y la India.

La invasión de la Mesopotamia, llamando la atención de Turquía hacia el Este y repercutiendo en Persia, tuvo la misma finalidad de protección; y, finalmente, la expedición a Salónica no reconoció otro origen.

Por consiguiente, no puede reprocharse en justicia a Inglaterra de haberse dejado sorprender por los acontecimientos, puesto que trató de adelantarse a ellos.

Ha incurrido, no obstante, una y otra vez en un error capital, difícil de comprender recordando sus

inmensos recursos de todas clases: sus planes se inspiraron siempre en la propia protección, antes que en la agresión al enemigo, lo cual equivale a ceder a éste la libertad del ataque. Y ello no podía ser de otra manera si se recuerda que Inglaterra ha puesto su fuerza principal incontestable, la marítima, al empleo de la terrestre, de notoria inferioridad con respecto a la enemiga; al someterse también en este concepto a la voluntad del adversario, Inglaterra se dejó llevar de su principio conservador, según el cual la existencia del Imperio está estrechamente ligada con el dominio del mar, o sea con la de la escuadra, que debía de mantenerse a todo trance. En los Dardanelos se sirvió de ella con timidez, y el descalabro la retrajo aún más. Así, estamos presenciando el caso extraño de que una nación que posee un factor militar—la escuadra—sin rival y estaba mal preparada para combatir en tierra, fie la suerte de la guerra a la improvisación de un ejército. La flota no le ha reportado otros beneficios que el seguro abastecimiento del Imperio y la no interrupción del tráfico comercial, importantísimos y trascendentales, pero sin influjo directo sobre la guerra.

Dando por cierta la proyectada marcha de los alemanes a Oriente, la Gran Bretaña no tardará en quedar sometida a una prueba decisiva, que revelará si persiste en sus errores o los abandona para emprender otros derroteros.

Para oponerse a los ataques a la India y a Egipto hay dos métodos: el defensivo, consistente en reunir numerosas fuerzas cerca de las fronteras y fortificar los puntos importantes; el preventivo, que se materializa en una ofensiva en grande escala, sin reparar en medios ni en sacrificios. No es menester entrar en detalles geográficos para comprender que si se adopta el primer sistema un enemigo numéricamente mucho más débil puede con relativa facilidad realizar sus deseos: tan extensas son las fronteras británicas en Asia y Africa y tan evidente la necesidad de precaverse contra gravísimos peligros de orden interior. Mientras que el método preventivo tiene ancho campo abierto en el dilatado y mal defendido litoral turco y puede disponer de un fuerte ejército ya reunido en Egipto y de unos medios de transporte y de protección de desembarcos que ninguna otra nación del mundo es capaz de igualar.

Pero la ofensiva, llevada a regiones remotas, requiere como primera condición un Estado Mayor competentísimo, muy práctico en sus cometidos desde el tiempo de paz, al que se le deje en completa libertad de acción, y un mando enérgico y capaz; la defensiva, fundada en la superioridad material, es más fácilmente improvisable y sus fracasos de menor resonancia, suelen ser reparables hasta cierto punto; con ella no se llega a la victoria, pero se prolonga la guerra, objetivo que aún sería admisible si no implicase el reconocimiento de la propia inferioridad o sea de la superioridad del enemigo, factor moral que interviene por mucho en la decisión de las guerras.

III.—La evacuación de Gallípoli por los ingleses

Hecho de tanta resonancia como es el reembarco del ejército británico enviado a Gallípoli, ha que-

dado punto menos que inadvertido y apenas ha merecido algunos comentarios, como si se tratara de una de las mil peripecias de la guerra que no alteran la situación general. La evacuación de Gallípoli por los ingleses significa el término de aquella desgraciada empresa iniciada a mediados de febrero y de la que se prometían los aliados la apertura de los Dardanelos y la cooperación de todos los pueblos balcánicos. Mal preparada por mar y por tierra, desarrollada sin vigor, realizada sin el previo conocimiento de los medios y recursos del adversario, careció aquella expedición de la primera condición para el éxito: energía y rapidez en el desarrollo de las operaciones militares. Tampoco se escogieron bien los objetivos; se buscó la seguridad de las fuerzas propias antes que la derrota de las enemigas, y se eligieron, como puntos de desembarco, el extremo de la península, primero, y luego la bahía de Suvla; ambos lugares contaban con el apoyo directo de la artillería naval, pero el primero imponía una línea de operaciones larga y difícil, y el segundo tenía sus avenidas dominadas por Achi Baba, centro y llave de las posiciones turcas.

Comenzando el ataque en febrero y no desembarcando hasta los últimos días de abril, se dió tiempo más que sobrado a los turcos para disponerse a la defensa, por lo que no es extraño que los primeros combates, de extremada violencia, no dieran resultado, y que todos los demás ataques condujeran sistemáticamente al fracaso. Pero aunque los aliados hubiesen forzado las líneas avanzadas de defensa turcas, al internarse en la península los peligros crecieran extraordinariamente: tal vez fué una fortuna para los franco-ingleses, que los turcos les detuvieran a los primeros pasos.

El camino escogido no era el más indicado para llegar a Constantinopla. Convenía atacar la península en su arranque, lo que exigía, es cierto, un ejército más numeroso que el desembarcado en la punta Sur, pero, en compensación, una batalla afortunada hubiera abierto desde luego las puertas de la capital. Si los aliados no creían contar con tropas y elementos bastantes para esta operación, mejor habría sido no intentarla, porque se hubiesen ahorrado muchos miles de vidas y el desastroso efecto moral anejo a la derrota. Justificadas son, por consiguiente, aunque demasiado duras, las censuras que esa expedición ha merecido en el Parlamento británico.

Pero, si bien se considera, no era Constantinopla el objetivo señalado al ejército; no se quería marchar por tierra hasta el Bósforo, sino puramente romper la resistencia turca, en la parte más estrecha de los Dardanelos, donde se encuentran las obras de fortificación más resistentes y las piezas de mayor calibre. Dueño el ejército de Achi Baba y de las estribaciones que de este monte se desprenden hacia el N., esperaban caer por la espalda sobre dichos fuertes, tomarlos sin grandes dificultades y montar en la orilla europea los cañones necesarios para apagar el fuego de las baterías de la costa asiática, quedando entonces el paso libre a los barcos. Las tropas de tierra no fueron más que un auxiliar de las navales, un medio, único, para que la escuadra recobrase su libertad de acción, perdida el infausto día 18 de marzo. Plan de reducido alcance, sin verdadera finalidad militar, que llevaba en su seno el gér-

men del fracaso. Desde el 30 de abril, todas las operaciones en Gallípoli han obedecido al mismo pensamiento: lograr lo que no fué posible alcanzar el 18 de marzo, olvidándose que cuando un plan, audaz, pero de grandes rendimientos, aborta por ser más fuerte el enemigo de lo que se había supuesto, lo mejor es abandonarlo y prohiar otro, o, cuando menos, no repetirlo si no se cuenta con una superioridad material indiscutible.

Si desgraciados fueron los ataques en el extremo Sur de la Península, de desastrosas han de calificarse las tentativas en Suvla y Anzac, en el litoral del O., donde fueron deshechos los contingentes australiano y nuevo-zelandés y una división inglesa. No obstante, durante varios meses se obstinó el general Hamilton en no reembarcar aquellas tropas, limitadas a sostenerse en la orilla, amparadas por el fuego de los monitores y de los caza-torpederos. Pudo haber duda en el resultado de las operaciones en la punta Sur, pero ninguna en las acometidas desde el O., después de la primera batalla.

Esta expedición a Gallípoli representa casi el único acto de plena iniciativa que aparece en el campo de los aliados. Probablemente, se creyó que el ejército turco de 1915 era el mismo que el de 1912, por no contarse debidamente con el influjo de los alemanes en la reorganización militar turca. Se emprendió sin saberse a ciencia cierta los obstáculos que iban a encontrarse y sin que los medios correspondieran a los fines; y se desarrolló sin preparación y siguiendo métodos—ataques frontales a viva fuerza—que en estos tiempos son inaplicables contra tropas bien organizadas. Una vez empezada la guerra de trincheras, después de varios descalabros, no cabía ya duda sobre el resultado: la resolución recaería en otro teatro, antes de que la escuadra llegase a la vista de Constantinopla.

La presencia de los aliados en Gallípoli era una medida preventiva que protegía el canal de Suez, y en este concepto estaba justificada; aunque siendo exclusivamente marítimas y muy largas las líneas de comunicaciones de los franco-ingleses y asumiendo constantemente la ofensiva, sus sacrificios en sangre y en dinero fueran inmensamente mayores que los de los turcos. Invadidos éstos, se patentizaba el predominio británico sobre el otomano y el prestigio de los ingleses en Asia se mantenía incólume. Además, se daba ocasión a la escuadra de demostrar la bondad de sus servicios y se justificaba, indirectamente, la pasividad de la flota de alta mar, no vista con agrado al principio en la misma metrópoli.

Las circunstancias cambiaron el día que los serbios fueron arrojados fuera de su país y quedó asegurada la comunicación por tierra entre Turquía y los Imperios centrales.

No serían sólo tropas turcas las que los aliados encontrasen frente a las suyas en Gallípoli, y los más poderosos medios de guerra no tardarían en llegar a la península, mientras que otros ejércitos, con cuadros y pequeños núcleos alemanes, se encaminarían a la Mesopotamia y Persia en Asia, y a Egipto en Africa. Era, pues, inútil el persistir en la costosa empresa, y, comprendiéndolo así, los ingleses reembarcaron los contingentes expedicionarios, para trasladarlos en parte a Salónica y en parte a Egipto. Esta decisión merece elogios; el Estado Mayor británico



ha pospuesto el amor propio a los intereses estratégicos, y ha desistido de la empresa cuando todavía cabía hacerlo voluntariamente y no por efecto de una derrota. La oportunidad de la medida es algo nuevo y todavía no observado en esta guerra, y ha de verse la intervención del Estado Mayor General inglés, reintegrado no hace todavía dos meses en las funciones que siempre debió de llenar. Iguales elogios han de prodigarse a la ejecución del reembarco, operación siempre difícilísima y peligrosa; algún material de guerra, parte de los almacenes y unos pocos prisioneros, fueron abandonados a los turcos, pero ello, inevitable, no empaña el mérito de la maniobra, y mucho menos considerando que los turcos salieron de sus líneas y se lanzaron sobre las inglesas al advertir el propósito de sus adversarios. Torpemente empezada y mal desenvuelta, la expedición ha terminado mejor de lo que podía esperarse: el fracaso moral no ha sido consecuencia ni ha ido acompañado de un descalabro material.

Conservan todavía los franceses la punta de la Península. Como no tienen intereses amenazados en Asia ni en el N. E. de Africa, se encuentran en otro caso que los ingleses, y aunque tuvieran que reembarcarse obligados por la fuerza, si antes no se retiraran por su propia voluntad, el prestigio de los aliados no padecería en el mundo musulmán. Entre tanto, obligarán a los alemanes a desviar hacia Gallípoli parte del material y tropas que tienen preparadas para otras empresas. Es de creer que los monitores y transportes ingleses seguirán prestando sus valiosos servicios a los franceses, cuyo reembarco, el día que tenga lugar, será aún más difícil y expuesto que el ya realizado.

IV.—La situación el 30 de diciembre

Lentamente, prosigue la presión de los austriacos en el N. y N. E. de Montenegro, mientras los búlgaros ganan terreno en Albania, habiéndose apoderado últimamente de El Basán; este movimiento puede obligar en breve plazo a que los italianos de Valona definan su actitud, y se ponga en claro si su único objetivo es la posesión de una parte del litoral albanés o el auxiliar a los serbios y facilitar la reorganización y abastecimiento de los restos de aquel ejército. Los reyes de Serbia y Montenegro se han trasladado a Italia.

Como si las operaciones militares sólo dependieran de la voluntad de los alemanes, dedicados éstos a ultimar los preparativos de nuevas campañas, y, por consiguiente, habiendo suspendido sus ataques, la guerra puede decirse que se ha paralizado en todos los teatros europeos. Sólo es digna de mencionarse una acometida de los rusos en las fronteras de la Besarabia, rechazada por los austriacos; la masa atacante debe de proceder del ejército antes estacionado en Reni, junto a la frontera rumana.

Los turcos se han apoderado de una posición avanzada, al N. de Kut-el-Amara; los rusos dominan

en el Norte de Persia, y hay noticias de que en el S. se activan los alzamientos contra Inglaterra y Rusia; en el O. de Egipto, los libios y tripolitanos han infligido un descalabro a los ingleses, hecho de indudable gravedad porque demuestra que no sólo habrá de preocuparse la Gran Bretaña del canal de Suez, sino también de la frontera opuesta, y acaso igualmente de lo que pueda ocurrir en el interior del país.

Ataques y contraataques en la alta Alsacia, en la cumbre del Hartmanweiler, con éxito vario, pero reteniendo los alemanes la posición principal, es todo lo que ha acontecido en Francia; y débiles cañoneos en el frente austro-italiano y en toda la línea rusa.

Las tropas indostánicas que formaban parte del ejército británico en operaciones en Francia, han sido enviadas a otro teatro, probablemente el de Macedonia, pasando las australianas retiradas de Gallípoli a Egipto, aunque no en su totalidad, toda vez que se han reforzado los efectivos ingleses en Salónica, los cuales casi igualan ya a los franceses.

En el alto mando británico ha habido nuevos cambios de personal, no sólo en los ejércitos sino también en el Estado Mayor General, con tendencia a reintegrar al Ministerio de la Guerra en sus funciones propias. No obstante, Lord Kitchener retiene el puesto de director supremo de la guerra.

Los barcos austriacos están desplegando grande actividad en el Adriático occidental, habiendo efectuado varias correrías con éxito hacia Durazzo y más al S., para dificultar y entorpecer el abastecimiento de los serbios y las comunicaciones entre Italia y Albania. No ha sido afortunada en sus maniobras la flota franco-italiana, que a pesar de su extraordinaria superioridad material no consigue bloquear a la escuadra enemiga; los puertos italianos han sido bombardeados varias veces desde que empezó la guerra, sin que la escuadra italiana haya podido tomar represalias en los de la costa de Istria y Dalmacia. De grande importancia es para los austriacos la permanencia segura en el puerto de Cattaro, interesantísima base naval, y ello explica la tendencia que se observa a envolver por tierra el monte Lovcen, montenegrino, que domina aquella bahía, y la batiría eficazmente si en su cumbre se hubiesen montado cañones de gran calibre. Es de creer que en cuanto la invasión de Montenegro por el N. esté un poco más adelantada, se acentuará la iniciada en el O., con el fin principal de que Cattaro recobre su plena libertad, tan necesaria a la escuadra austriaca.

En resumen, nos encontramos en el período de preparación de nuevas operaciones, y a la calma actual no tardará en suceder una actividad extraordinaria que permitirá vislumbrar cuáles son los nuevos objetivos que se proponen alcanzar los dos grupos de beligerantes.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

31 diciembre 1915.